

EL VIENTO ENTRE LAS RAMAS

EL PINO

Alguien dice: es el pino
una emblema del tiempo,
un alminar barbudo
inmóvil pero activo,
una vivaz veleta
vuelta a los cuatro vientos
(acércate y escúchalos),
un cendal, un rumor, un címbalo.

Bajo el oro del aire,
en el bosque ceñido
por el fulgor solar
no sales de tu asombro y miras
su cúpula irisada,
sus agujadas hojas
su vibración cordial.

Es el pino una antorcha
hecha de mil bujías, un puro haz
de inextinguible claridad.

EL OYAMEL

Brisa y fulgor
el oyamel,
presencia fiel,
fragante olor,

flama, temblor
de tersa piel
sin oropel,
savia, verdor.

Flexible alfil
del ajedrez
que vez tras vez,

campal, viril,
juega a ganar
diseminar.

EL SAÚZ

En la piel
de la luz
tiembla el saúz:
ámbar y miel.

EL CEDRO

Erguido, erguido
y corpulento
cono de crespas ramas,
temerario, incansable,
sobresale en el soto,
alto dardo imperioso
apuntando hacia el cielo
la puya de su copa.

Al pie de la montaña
señero y concluyente
predomina en el hondo
espacio del jardín.

Macizo faro oscuro,
el cedro magnifica
la luz que lo atesora.

EL ENCINO

En los ojos del día
como un don del bosque,
acerado, fulgente
hasta la transparencia,
llama por aire y agua,
el encino tapiza
la tierra que lo apoya.

Pone en manos del viento
el limbo de sus hojas
como un franco molino
sus aspas bienhechoras.

EL MADROÑO

En la tez del madroño
radiante reverbera
un tatuaje escarlata.
Mapa de claridades:
un renuevo que tiene
algo de alga marina.

Fresca fragilidad
abierta como anémonas.

A la orilla del bosque
de ramas retorcidas
bajo el aire de lumbre,
izada y ondulante
arde con parsimonia
la hoguera del madroño.

Alta ajaraca de la piel luciente.

EL FRESNO

Recio verdor vibrátil,
centinela apremiante,
en el alto verano emites
como un surtidor de alas
un caudal de semillas
volátiles cuando decides,
estratega del aire,
mariscal victorioso,
asegurar tu especie
y ampliar tus territorios de conquista.

Sueltas tus escuadrones:
la andanada de semillas aladas
como autogiros diminutos.

Pronto abundará en las cercanías
tu madera tenaz de yemas pubescentes.

Agrietado, infrangible,
el fresno es un estado de ánimo.

Te acoges a su sombra
como quien vuelve a su suelo natal.

OTRO PINO

Su tronco, como el cielo
cubierto por un velo

de nubes de tormenta,
con pertinacia lenta

trasuda cristalinas
lágrimas de resina

que escurren como estrictas
y pálidas estalactitas.

Se diría que el pino entero fuera
no sólo de madera

(y el símil no es infiel),
sino de ámbar de Simojovel.

CEDRO EN EL ABISMO

Como un arisco búfalo de bruces
o las garras de algún ave prehistórica
encajadas y corvas en el pecho
rajado de la tierra, paquidérmico,
obtusos, como un pulpo excesivo
todo trompas y brazos, tentáculos crispados
o serpientes convulsas, tal vez voraces boas
infligiendo a la tierra sus cuerpos retorcidos,
las ramas y raíces asidas con violencia
como un puño de hierro o un velero de sombras
encallado en la margen pedregosa del río
brusco de la montaña, tozudo, inusitado,
con las uñas se aferra el cedro a la barranca
y en su filo se mece, leñoso equilibrista.

EL OCOTE QUEMADO

Hosco, intratable, renegrado,
chamuscado desde las plantas,
astroso y destroncado como un paria
entre lagos de sombra donde el rayo
posó con impiedad su pie abrasivo,
en la pradera de zacate negro
sobre piedras dispersas
alza con aflicción su torso torturado.

La guadaña del fuego rebanó,
trozándolo, al ocote de hojas aguzadas.
Cirio de las tinieblas en el paisaje lúgubre.

Un despojo aterido que suplanta
la soledad del sueño.

Cerrazón de la tierra calcinada.

UN EUCALIPTO

Agitas, eucalipto, tu melena
plateada como quien dice un salmo
a su congregación.

Vuelto hacia el aire tiemblas
mientras espejeas en el crepúsculo.
Fuste prolífico y mordaz,
pelas los dientes y perturbas
todo el espacio en torno.

Tu corteza brilla como una ráfaga,
látigo inhabitual, sed desafiante.

Esbelto, denso y flexible
tu mirada glauca y tus hojas corvas
cortan el aire y embalsaman
la clara tierra viva.

En tu vaivén percibo, eucalipto aromático,
los sueños por venir cuando tu copa
levantada como un cimborrio
iridiscente cabrilla.

EL AHUEHUETE

Elástico, ramoso, corpulento,
alto y longevo abuelo de brazos como remos
surcando el mar del aire, sin moverte desplazas
siglos de fe y estirpe y esplendor.

Viejo amante del agua
mil motivos tendrás para durar.

Elocuente cayado de pájaros perpetuos,
insignia, templo, tiempo
absoluto, presente cardinal,
maestro de los años, ahuehuete
fundamental, resistes desde el fondo
de tu saber esta época sombría.

Y aguardas sin despecho el tiempo cuando todo
animal y todo árbol y los hombres en pleno
acatarán tu ministerio.